

VI.

D O S
LE YENDAS.

• POR
MODESTA C. SANJINES U.



LA PAZ: 1876.

IMPRENTA RELIJIOSA.



86-5(84)

*Saujinis
leyendas*

ARCHIVO Y
BIBLIOTECA
NACIONAL
DE BOLIVIA

LEYENDAS.

LOS MAGDALENOS

O

LAS DOS GLARAS.

§ I.

Era una mañana de abril, en que todo parecía encantador, i los hermosos bosques de los MAGDALENOS cubiertos de flores, embalsamaban el aire con sus perfumes, los pajarillos alegres, por el nuevo dia que les anunciaba la salida del sol, dejaban oír en todas partes melodiosos gorjeos. Las cascadas de agua desprendiéndose de lo alto de las montañas, formaban con sus murmullos sonidos agradables. Todo anunciaba un dia tranquilo i dichoso para los habitantes del Nuevo

Mundo, que hasta entonces aun no había llegado la conquista para ellos.


En las orillas de los rios que ván á reunirse al gran Amazonas, vivían muchas tribus salvajes i errantes. En una de estas tribus era dia de fiesta del que hablamos, i los indios, á pesar de su carácter naturalmente melancólico, danzaban alegres con una música lúgubre parecida al canto del buo, o semejante á los lamentos de las plañideras: de vez en cuando se entregaban á la loca alegría del salvaje, corriendo al rio i precipitándose del alto de los mas elevados peñascos para sumerjirse en el agua, i despues de largos ratos aparecer ufanos, sacudiendo sus hermosas cabelleras que para ambos sexos es una de las bellezas mas notables.

Las mujeres estaban separadas de los hombres, i reunidas entre ellas, contemplaban deléjos la alegría de sus amos, [pues como todos saben, donde no ha llegado el Evangelio, la mujer es despreciada, i jamás merece ni la compasion misma.) Todas las chunchas festejaban las gracias de los indios, i solo había una jóven, la cual parecía no participar de la alegría de las otras. Esa jóven era notable

por su belleza, su tez blanca i fina i su talle esbelto se asemejaba al del tierno palmero que sobrepasa en lozanía á los demás. Tambien tenía algo mas de remarcable en sus adornos, como eran los brazaletes de cuentas, el collar i sarcillos: por lo que se veía era la mujer del jefe de la tribu.

Con todos esos adornos no estaba contenta como ya hemos dicho, i de tiempo en tiempo se le escapaba un ¡ay! lleno de dolor profundo que formaba un contraste con la risa de las salvajes. Sin duda ya no pudo soportar la alegría que reinaba en aquel recinto, cuando de improviso se levantó i corriendo hacia á la parte donde no había jente, desapareció dentro del bosque; pero ¿dónde podía huir cuando en todas partes tenía vijilantes, quienes estaban tras de sus pasos; esto es, si el capitan o casique no la tenía siempre á su lado?

Dentro de la espesura del bosque no miró quien la seguía, se puso de rodillas delante de un jigantesco cocotero, cuyas ramas formaban una Cruz perfecta, levantó los ojos al Cielo e hizo una súplica u oracion ferviente al **Todo Poderoso** diciendo: Dios mio, Dios de

los cristianos, vuelve los ojos a estos lugares, i haz que pronto te conozcan los hijos de las selvas, hijos tuyos son, Señor, no sea infructuosa para ellos la sangre que has derramado en esa Cruz, i que ahora la miro formada por la naturaleza en este inmenso árbol que se eleva hasta los cielos; quieras, pues, hacerla bendecir luego por el sacerdote católico, por el santo misionero, quien haciendo abnegacion de su vida vá a buscar almas para que te adoren i  en.

§ II.

Antes de que se independizase la América de la Nacion Española, los hijos de ésta, avecinados en la ciudad de La Paz, trabajaban con mucho esmero i contraccion las tierras que están hácia el oriente de los Andes; allí cultivaban la benéfica **hoja** de la coca, que tenia un buen precio á causa de los grandes minerales que habian en Potosí. Esa parte se llama Yungas, país privilegiado por la naturaleza en toda clase de vegetales.

Muchas familias se iban á vivir allí, ya sea por velar mas de cerca sus intereses, o ya por respirar el aire libre i puro del campo,

El Señor Ramirez, su esposa i dos lindas niñas Clara i Magdalena, vivian en un lugar indescrípible por su belleza, siendo éste el último fundo cultivado, cuyos límites aun no se habían descubierto todavía.

En la cima de una montaña estaba situada la casa, rodeábanla hermosas huertas de naranjos i limoneros. Seguían mas abajo los platanales que con su verde claro, contrastaban al color subido del naranjo.

Esos plantíos inmensos de platanales de hojas anchas i largas, cuando la brisa de la mañana o el viento de la tarde los mece, se parecen á las olas de un mar apacible i sereno.

Despues, comenzaban las plantaciones de coca que en forma de gradería bajaban hasta la playa del rio.

Hacia algunos años, que la familia de quien hablamos vivía tranquila i feliz en ese recinto tan ameno.

En una de las huertas se veía una jóven muy bella, al parecer de veinte años de edad; llevaba un vestido blanco, signo de pureza e inocencia, i sombrero de paja adornado con rosas naturales. Se ocupaba de recojer azares

en una cesta de junco, que la llevaba muy graciosamente en el brazo izquierdo. Era mas de medio dia, i todavia no se habia llenado la cesta de flores: fatigada por el calor, i viendo que era inútil su trabajo, se sentó a la orilla de un hermoso arroyo, i allí se lamentaba diciendo:—No sé por qué me parece todo triste hoy dia; las flores que en otros tiempos al cojerlas se abrían entre mis manos, ostentando su belleza i aroma, mas que en sus propias ramas, ahora se marchitan, i parece que sus pétalos quisieran separarse mas pronto de su corola. Si me sucede así en adelante, no podré mandar ya, ojas ni flores medicinales á mis pobres enfermos del hospital de La Paz.

Acababa de pronunciar la última palabra, cuando se oyó una voz por el otro extremo de la huerta; era Clara que llamaba á su hermana Magdalena, i corriendo hácia donde estaba le dijo: Magdalena! ¡Magdalena! ¿por qué te has tardado tanto? dónde están las flores que las recogido? Hermana mia, querida Magdalena, me gusta repetir tanto tu nombre! pues me parece que al repetirlo te amo aun mas cada vez pero te veo triste: ¿qué tienes? te duele algo? es poca cosa aflijirse tanto por

no haber llenado una cesta de flores. Magdalena le contestó, nada tengo, no te asustes. Viendo á mi única hermana, á mi Clara, ya se han disipado mis penas. Pero hai dias tan tristes en la vida que sin pensar brotan lágrimas de los ojos, i el corazon parece recibirlas oprimido, sin saber cuál fuera el motivo. Hoy me preguntaba yo ¿qué tenía? i era un dolor profundo, la causa en mi misma es un misterio.

Vaya pensadora, le dijo Clara; no me amargues mas, sabes que nos amamos tanto, somos dos hermanas tan parecidas en todo, i aun por eso nos llaman las Claras, ¿no es así Magdalena? Soy tu hermana mayor en dos años, i entre tanto las mas veces me equivocan contigo. ¡Cuánto me alegró entónces!... Vamos al comedor, nuestros padres nos esperan, i no pensemos en penas ni affixiones.

El comedor de la familia Ramirez pronto se hizo festivo, cuando entraron las dos Claras. La cabecera de la mesa ocupábanla el padre i la madre, las hijas seguian a los primeros, despues estaban los administradores o dependientes de la finca.

Empezó la comida con la bendicion del padre. Podemos figurarnos cuán abundante sería

una mesa en donde se ostentaban las producciones de los trópicos, como son la piña, la chirimoya, la papaya i tantas clases de raices que sería mui largo i difícil enumerar.

No bien acabaron de tomar la fruta, cuando se sintió un ruido estrepitoso en toda la casa, i en seguida se oyeron ahullidos de los mastines mezclados con alaridos de voces humanas, que con bulla i algazara, parecía estaban ya mui cerca.

Salen a ver lo que pasaba i ¡oh sueño o pesadilla! Eran los salvajes, quienes habían rodeado ya toda la casa, i cual lobos infernales se lanzaron sobre aquella pacífica i laboriosa familia, que vivían sin cuidado ninguno de una incursión.

A la media hora de este suceso aquella hermosa morada se hallaba solitaria, i con el silencio de la muerte. En el huerto donde Magdalena, se recreaba, entreteniéndose en recojer flores, ya sea de violeta, de azares o tilo para hacer obras de beneficencia, ahora se encontraban los cadáveres de casi todos los de la finca que por huir corrieron a esa parte, donde fueron víctimas de la ferocidad de los chunchos, quedando solo dos prisioneras.

Despues de algun rato pasaba ya otra escena mas espantosa en la playa donde se veían las

canoas llenas de despojos de la familia española. Los jefes acomodaban con mucho cuidado en canoas separadas a dos bellas niñas desmayadas, los vestidos blancos que tenían; i el color pálido de la muerte hacía creer que conducían esos cadáveres al sepulcro. Levantaron anclas con el júbilo del salvaje, i despues de haber bajado por el rio Miguilla que se reune al de La Paz, caminaron toda la noche, i amanecieron en "agua clara"... Magdalena fué la que despertó del fatal sueño; pero Clara habia pasado a otra mejor vida, a esa vida donde moran las santas vírjenes i donde está la Reina de ellas, la purísima María: la madre de nuestro Redentor; i a Clara llena del santo entusiasmo parece que la oyéramos entonar con los serafines el ¡Hosanna!..... Mas ¡ai! de Magdalena, de esa criatura inocente que hasta ese dia jamás habia oido una palabra descompuesta que pudiese lastimar sus castos oídos, ¿qué vendrá a ser de ella? Fácil es comprender ahora quien fué la salvaje que oraba al pié del jigante cocotero que formaba el signo de nuestra redencion.

§ III

Despues de 30 años del suceso fatal de la familia Ramirez, se veía un santo misionero con su breviario en la mano, bendiciendo una Cruz,

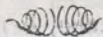
cuya madera estaba recién cortada de su tronco principal, i esta cruz iba a inaugurar un pueblo llamado Magdalena a orillas del rio que lleva el mismo nombre, en memoria de la madre de dos neófitos, quienes se hallaban aquel dia con la vestidura nupcial de las vírgenes; pues eran los primeros que en la mision habian sido bautizados.

Los dos jóvenes inmediatamente que divisaron en aquellas selvas aproximarse al misionero, sin temer la furia de los salvajes que podian descargar una lluvia de flechas sobre ellos: se aproximaron al misionero, doblaron las rodillas i besándole las manos le pidieron su bendicion. Imposible sería pintar la sorpresa del sacerdote católico; pero ellos luego lo sacaron de la duda, contándole la historia de su madre Magdalena, la que les habia encargado i mandado en sus últimos momentos, que si visen alguna vez un hombre como él, lo llamasen para que los haga conocer a su verdadero Dios.

Dejándolo al sacerdote en ese lugar, volvieron los hijos de Magdalena, donde sus compañeros, llevándoles algunos presentes que el padre les mandaba; i poco tiempo despues se vió aquél sitio ameno convertido en un pueblo de cristianos.

La morada alegre de las dos Claras, conserva su nombre, i el viajero que divisa de lejos, solo mira un monte cubierto de arboleda sombría.

M. C. S. U.



El Hijo del Còndor.

Nos hallábamos en una de las faldas del Illimani que mira al poniente, donde la naturaleza está animada por una risueña i pintoresca vegetacion. Las corrientes de agua desprendidas de la inmensa mole de nieve, que jamás se consume, hace mui fertil aquel lugar. El clima es tan delicioso, que no se siente el calor del verano, ni el frio del invierno.

Todas las tardes teníamos costumbre de pasearnos en los bonitos huertos, cultivados con esmero por los indíjenas, en uno de esos jardines o huertecillos, divisamos un anciano,, quien al vernos, apresuró los pasos para esconderse en su choza, i evitar así la mirada de los blancos i mestizos: razon tenía para ello; pues, algunos creen que los naturales son séres de otra especie. Nosotros al ver esa accion del pobre viejo, no pudimos menos que decirle: hemos venido a estos lugares a pasear, no corrais; entónces, volvió el rostro respetable cubierto de una barba blanca, (cosa mui rara en su raza) probando esto su larga edad. Le preguntamos si era propietario de la casita en la cual habitaba, i nos contestó que sí.

Viendo que le hablamos cortesmente, nos invitó a pasar á su choza: mas, ¡grande fué nuestra sorpresa! al encontrar una anciana, sorda i baldada de pies i manos. Estaba en un lecho cómodo i aseado, no cobijándola arapos como ala mayor parte de esas jentes. Nos sentamos a su alrededor, i despues de algun rato de silencio se levantó el anciano, alzó una olla de barro, sacó unas cuantas ocas i estrujándolas se las puso en la boca de la enferma, diciéndonos que este era el alimento de su preferencia, (1)

Nos advirtió se habia apresurado a dar alimento a su esposa, por no oirla gritar; i que no tenia otro recurso cuando no se le daba pronto la comida. En seguida entró a su huerto i nos obsequió manzanas fraganciosas i mui agradables. Viendo la amabilidad de aquel hombre, tratamos de recompensarle con algunas monedas que no quizo aceptarlas, i mas bien nos suplicó le diésemos una medalla gravada con la imájen de la Virgen María, para colocarla en la cabecera de la

(1) La raiz que nombramos es mui semejante a la patata dulce; pero mas suave i delicada. En botánica, ocas tubérculos, del oxali tuberosa, produce en abundancia i se podría elaborar en azucar como la de betarraga: entre tanto el almidon que contiene es uno de los mejores que se conoce.

enferma, con el objeto de que le prolongase la vida; pues en el mundo era el ser a quien ama-
la mas i que ya la descendencia de sus nietos no
los conocían por parientes. Le alcanzamos la
medalla que nos pidió i ¡cuánta devocion i gozo
experimentó al poseerla! ¡Oh! Madre Purísima,
en todas partes sois la consoladora del cristiano,
ya sea en la cabaña del pobre, o ya en la casa o-
pulenta del rico,

El huerto i chacras que poseían estos ancia-
nos, los cultivaba un jóven, a quien con rara ca-
sualidad le habian recojido adoptándolo por hijo.

Aun no acababa la enferma de besar a su
Virgen; cuando se nos presentó un mozo alto, de
formas hercúleas i de facciones tan perfectas, que
a no ser por su tez amarillenta i algo cebruna,
se le hubiera creído uno de los mejores tipos
de la raza caucasiana,

Al vernos no dejó de sorprenderse, i aun
mostró fastidio; pero el anciano que le compren-
dió, lo abrazó i se apresuró a decirle: Francis-
co, hijo mio o hijo del condor, como te llaman
en toda esta comarca de Palca; (2) las personas
que vés en nuestra casa, me han tratado como a
su prójimo; i cuánto se parecen a un caballero

(2) El pueblo de Palca pertenece al cercado de
La Paz.

que hace algunos meses estuvo acá, ese señor escribió unos papeles i nos los regaló. Éntonces, volviendo hácia nosotros se quitó el sombrero, votó su instrumento de labranza i se puso de pié cruzando los brazos como en señal de respeto.

Le invitamos a sentarse, i que si no tenía inconveniente, nos esplicase el oríjen del renombre que le habian dado sus vecinos.

Aceptó con mucho gusto i para empezar su historia o mas bien la de su padre, se sentó a manera de los turcos con los pies cruzados, i en vez del opio que anima a los hijos de la media luna, sacó una porcion de coca de la bolsa o chuspa (3) que siempre la llevan consigo, i comenzó a mascar la fragante oja.

La coca, erithroxylon, mata vivaz que tiene la particularidad de votar sus ojas tres i cuatro veces en el año. Suponemos que los indíjenas le dieron por antonomasia el nombre de koka en el idioma aimará que significa árbol, por ser una planta privilegiada, cuyas ojas les sirve de bálamo en sus dolores locales, de alimento cuando sufren el hambre

(3) Chuspa, es una bolsa cuadrada especial para llevar la coca. El primer obsequio que hace una jóven a su novio es una chuspa tejida por sus manos.

i de fuerza para sus largos viajes. También hemos creído que el nombre de árbol adulterado por la pronunciacion coca, se le haya dado por la rara semilla que contiene; pues dentro del grano que es del tamaño de un trigo hai un arbolito completo desde la raiz, tronco, ramas i ojas, tan bien desarrollado que no necesita el recurso de un microscópio para ver un árbol frondoso en miniatura.

Sigamos con Francisco, quien comenzó la historia de su padre con tanta sencillez i precision, que nos encantaba, aumentándose por grados nuestra admiracion, cuando el sentimiento se apoderó de él, o mas bien el dolor. ¡Ah! no hai idioma inculto si se habla con el corazon, i el zimará nos parecía bello. Las figuras de retórica se vienen unas tras otras, cuando la imaginacion está exaltada; así como el salvaje forma melodías sublimes en su zampoña, sin haber conocido una nota musical. Entre tanto solo se podrá traducir la narracion; pero el sentimiento expresado por el mismo que ha sufrido sería imposible.

Acabó Francisco su historia, i levantándose abrió una pequeña alacena, de donde sacó unas hojas sueltas de papel, diciéndonos, que aquel caballero de quien nos habia hablado su padre, era el que les obsequió esos papeles; felizmente contenia

la misma narracion del hijo del condor i es como sigue.

En la altiplanicie que forman las dos grandes cadenas de los Andes, hácia el N. O. de la ciudad de la Paz, i a pocas leguas de distancia, se divisa una roca desmantelada de toda especie de vejetacion. En su base solo se encuentra la dura paja, que crece en todas esas pampas, cuya vista cansa i deseca el corazon, al contemplar tanta aridez: sin embargo, esa paja sirve de pasto a esos lindos cuadrúpedos ruminantes, como son: la alpacaca, el guanaco i la veloz vicuña, que algun dia harán la riqueza de Bolivia.

En una de las grietas formada por la roca descrita, no hace muchos años, se veía una choza al parecer inerustada en la misma peña; ¡nadie al verla hubiera creído albergaba cinco individuos,! esos seres pertenecían a la raza indijena. El mayor de todos contaba mas de un siglo de edad, i su hijo Sebastian pasaba de los cuarenta años, teniendo este tres hijos, María que no llegaba a los quince, Francisco apenas contaría ocho i el menor José, recién empezaba a caminar.

Los tres niños eran huérfanos de madre; por que Sebastian habia perdido a su esposa en la fatal epidemia que en años atrás acabó sin piedad con los indijenas; tanto del Perú como de Bolivia.

El terreno que ocupaba esta familia pertenecía a una hacienda o fundo, cuyo nombre no puedo recordar.

En uno de esos dias de invierno, de cinco a seis de la tarde, hora en que el sol parece precipitarse a su ocaso con mucha velocidad: el frio glacial i el viento N., levantando torbellinos de arena i tierra fatigaban la respiracion sin poder ni aun hablar; [pues se halla ese lugar a mas de trece mil pies de altura sobre el nivel del mar] pero Sebastian entraba a su choza con el mismo abrigo que en verano: siendo lo único demas que llevaba al rededor del cuello una bufanda tejida de lana de vicuña; sentía bastante frio, i sus toscas manos estaban paralizadas, a pesar de lo mucho que habia trabajado todo el dia. Se encontraba de mal humor; pero viendo a su padre, mudó de aspecto, le abrazó, le besó las manos i despues preguntó si su hija habia regresado de la hacienda (4) porque tenia la costumbre de despacharla adelante, para que arreglase la comida. Contestaron los chicos que ya estaba pronta la cena; por lo tanto hacía media hora que su hermana se hallaba en casa.

¡Pobre criatura! dijo Sebastian: su madre no

(4) Nombre que dan a las cimiteras del patron.

existe, i ella tiene que reemplazarla: cuida a sus hermanitos, trabaja en la hacienda, trabaja para la familia i asiste a su anciano abuelo; en fin, con estas cargas diarias está ya acostumbrada. ¡Mas hoi no hemos cosechado nada! el año ha estado muy malo, nuestro pequeño rebaño tambien se ha concluido por falta de pastos i agua; i tendrá mucho mas que hacer mi buena María.... Como no ha tenido cosecha el patron talvez nos ocupe en alguna otra obra, luego el tributo que tengo que pagar. ¡Ai! qué comerán mis tiernos hijos?... ¡Dios mio!...

Todas estas exclamaciones las decía a media voz; sin embargo, el anciano que no estaba sordo, lo habia oido todo. ¡Ah! Sebastian, le dijo: ten fé i resignacion; nada son los males de esta vida a las recompensas celestiales. Yo alcancé a conocer a los Padres Jesuitas, [5] antes de su espulsion, i esos varones virtuosos me enseñaron el Evangelio de nuestro Divino maestro, ellos me enseñaron tambien a leer i escribir, aunque estuve muy niño; pero lo que aprendí entónces nunca he podido olvidar. Hoi raros

(5) En muchas partes del Departamento de la Paz, todavia se encuentran ruellas de las grandes empresas de progreso e industria que esta benéfica institucion habia emprendido.

de los nuestros saben leer, i es fuerza decirlo que en tiempo de los españoles tenían mas cuidado en hacernos instruir. (6)

Padre mio, le contestó Sebastian: por eso me habeis enseñado a ser buen cristiano.

Y a que tengas paciencia, Sebastian; porque pasan mui luego los trabajos de este mundo.

He vivido un siglo, no obstante me parece que ayer amaneció para mí, i hoí se va entrando el sol para no volverlo a ver mas, todo ha pasado como una sombra; así he visto desaparecer a mis contemporáneos con la velocidad que pasan las vicuñas por las colinas vecinas.

No habéis, querido padre, de lo cercano que está vuestra muerte, eso me aflije mucho. Vamos a otra cosa. Se me ha venido al pensamiento de emprender un viaje a Yungas. Despues de pasados dos o tres meses en servicio del patron, quizá tenga otros tantos para mí, i éstos los emplearé trabajando en esos lugares. Si así fuese tendré como pagar al estado los cinco pesos del tributo de este año; con el sobrante de mi trabajo compraremos

(6) Felizmente se ha dado una lei en el congreso de 1872: que todo indijena que sepa leer i escribir será eximido del tributo.

un par de cargas de kañagüa i una de quingua para alimentarnos. (7)

De esa noche de conversacion habia pasado cuatro meses, i nuestro Sebastian se hallaba sentado a orillas de uno de los rios del sin par Yungas. El agua corria con precipitacion en los lugares pendientes, formando pequeñas cataratas i fuentes espumosas que con los rayos del sol parecian brillantes i piedras preciosas de distintos colores: en los planos corria el agua mansamente cual un terso cristal, mostrando la mas menuda arena. Sus márgenes presentaban dos hileras de árboles seculares simètricamente alineados: como en las mejores i mas esmeradas alamedas del mundo civilizado; trás de estos árboles habia otros i otros mil que subian hasta las cimas de ambas montañas, fronterizas que formaban la quebrada.

La vejetacion tropicil se alzaba en gigantescos árboles, o se convertia en pequeños arbustos, i las imprudentes enredaderas entrelazaban a unos i a otros, que confundidas tambien entre ellas ostentando sus hermosas flores presentaban un laberinto encantador i sin que el mas sábio naturalista en su primera impresion hubiera podido distinguir a que familias pertenecian tantas i tan variadas clases.

(7) La quingua i kañagua parecen ser casi de la misma familia de las "atripliceas" del jénero de las azerinas.

De lo alto de las montañas se desprendía una hermosa cascada, e iba a reunirse al río que describimos: de vez en cuando se oía el canto dulce i embelezador del "organito" nombre dado a una avecilla que ejecuta con su dulce voz toda una escala cromática, i otras veces dá con la mayor precision el primer acorde musical de primera, tercera i quinta. Los habitantes de Yungas están en duda de si es pájaro o gusano: lo cierto es, que mui pocos lo conocen, i podría decirse era la sirena de la fíbula; pues solo se oye su canto en los lugares donde los arroyos se ocultan bajo la espesura de los bosques.

Entre tanto, cuán admirable es para la vista i el oído aquel hermoso panorama: i el que podía gozar i contemplar las maravillas que el Creador habia formado; ese sér racional i pensador como era Sebastian, estaba sin mirar nada, triste i pálido cual la muerte, ni aun se fijaba en su hijo que lo tenia a su lado: de vez en cuando solo echaba una mirada a un cesto de coca, i a unos diez reales destinados para pagar la alcahala; por fin se levantó, haciendo una seña al chico para que lo siguiese: alzó el cesto i se fué donde el aduanero, al que le pagó los diez reales por su coca tan querida, i pasó un puente de madera. En seguida, se puso a caminar o mas bien a trepar la montaña, por donde se sube has-

ta la cordillera, pero despues de haber andado mas de medio dia, ya no pudo mas, i las fuerzas le faltaron; estaba con terciana; (8) porque habia sido cavador (9) en una de las vegas mas ardientes, donde contrajo ese mal; allí le habian pagado sus jornales exactamente; pero la escasèz de comestibles i su curacion, hicieron que gastase toda su ganancia, quedándole solo nueve pesos con los cuales compró la coca, i le restaron diez reales para pagar al aduanero.

Se quedó en una carpa o especie de correr que estaba sobre el camino, i no teniendó ya como subsistir entre él i su hijo, vendían todos los dias una porcion de coca a los pasajeros; porque se iban ennegreciendo las ojas a causa de lo mucho que llovía adentro de la carpa, así es que temian perderla toda, por lo cual la daban en mas cantidad. Se iba concluyendo la coca i con ella el porvenir de dos individuos. La inchason se apoderó de Sebastian, tanto por su enfermedad, como por la mucha humedad que habia en aquel recinto: entónces se determinó el

(8) En mui pocas fincas se conoce esta enfermedad, i solamente por la falta de hijiene la contraen.

(9) Se llama el jornalero que va a trabajar a Yungas.

enfermo al último esfuerzo, volviendo a emprender su camino, i a trepar la gran cuesta que sube hasta la cima del monte nevado.

¡Cuán admirable es la variedad de climas i vejetacion, para el que viaja bajo sus comodidades i bajo la paz del corazon! Conforme se sube hácia la cordillera, el aire se va adelgazando por grados, los árboles se convierten en arbus-tos i éstos en aparragados matorrales, hasta verse en tímidas yaretas que siempre verdes besan a la blanca nieve, cuya influencia hace aquella vejetacion tan risueña i variada.

Nuestro enfermo, por fin, encontró una mano caritativa, que lo puso sobre un asno, al cual lo llevaba del cabestro. La mano benéfica era la de un anciano, que habiendo ido a Yungas por coca, la traía en su burro; mas cuando vió a este infeliz, depositó su carga en una posta, i en cambio se llevaba un enfermo. Las únicas palabras del anciano fueron las siguientes: lo hago por Dios, él me pagará en la otra vida. Caridad cristiana, ¿con qué te podemos comparar? Sublime rasgo de abnegacion.

Llegaron por último a la cima de la cordillera, pero la transicion tan estraordinaria, que en pocas horas se experimenta del calor tropical al frio glacial, hizo que Sebastian ya no pudiese so-

portar mas, i cayó desfallecido de la bestia con la última oja de coca que le habia quedado en la boca i tambien en su cesto que era todo su caudal. El anciano lo sostuvo en sus marchitos brazos, en donde espiró recomendándole a su hijo Francisco, i pidiendo al Todo Poderoso perdonarse sus faltas, i que lo condujera a otra mejor e inpercedera vida.

Habiéndose reunido algunos viajeros, cavaron un sepulcro, donde despues de haberlo enterrado, colocaron encima una cruz. ¡Signo del cristiano! consuelo del caminante; que al verla en esos páramos, hace recuerdo de la eternidad i del alma inmortal cuyo cuerpo yace bajo ese abrigo santo. Allí estaba Sebastian mejor colocado que el pagano bajo de sumtuosos mausoleos, los cuales no dicen nada al corazon i mucho menos al alma.

Los viajeros estaban con el SOROCHI, i apenas se podían tener en pié, despues de haber cadoado la cruz. Para tomar vigor i seguir su camino, cada cual sacó una taleguita de harina de kañagua, i revolviéndola en un poco de agua la tomaron, quedando despues listos para seguir su camino.

La harina de kañagua es eficaz para quitar el sorochi i tambien el marco. Además sirve pa-

ra el escorbuto. Si los esquimales conociesen sus ventajas sobre el limon para preservarse de esa enfermedad, preferirían aquella a este.

El anciano caritativo de quien hemos hablado, adoptó por hijo a Francisco en esa misma cima de la cordillera i se lo llevó a las faldas del Illimani, donde le decían el hijo del Condor: por ser los picos de las cordilleras los lugares que habitan esos pájaros "de presa diurna." "Cóndor tribu de los buitres" Cóndor o gran buitre.

Acabada esta relación, nos quedaba la curiosidad de saber qué habia sido del padre i de los hijos de Sebastian. Francisco que se mostró tan amable con nosotros, nos refirió que, despues de algunos años de haber estado con sus padres adoptivos, cuando llegó a ser jóven, se encaminó a la ciudad de la Paz llevando una carga de fruta para vender, i que al entrar a la población, le salió al encuentro un jóven decentemente vestido, cuya cabellera aun la tenía cortada a la moda de los blancos. Este jóven inmediatamente que vió la carga de fruta, detuvo a Francisco para que se la vendiese toda. Francisco contestó inmutado que eso lo haría en la plaza pública, o en cualquier otro sitio donde se le pudiese pagar bien. La respuesta del jóven fué injurarlo, diciéndole que era un indio insolente. Pero quedó mas asombrado Francisco, cuando despues

del insulto se apareció una muchacha, que con aire de compasion reconvino al mal educado, diciéndole: José, ¿cómo insultas a ese pobrehombre? ¿no te acuerdas de nuestro abuelo i de nuestro padre Sebastian que eran de la misma clase de ese hombre?

María, le dijo el jóven: siempre me amargas con semejantes recuerdos, José, estás mostrando malos instintos. Dios no permita que acabes por negar a nuestros padres; eso no nos manda nuestra santa religion, i al contrario quiere que seamos pacientes i humildes.

Francisco al oír semejantes nombres i la voz de su querida hermana, ya no reparó en el insulto, i solo reconoció a su pequeño hermano José i a la buena María, a la cual abrazándola le hizo mil preguntas sobre su abuelo, (quien habia muerto poco despues de la separacion de Sebastian) ¿i cómo se hallaban José i ella de una manera tan distinta a los habitantes de la choza encrustada en la peña?

María, despues de reconocer a su hermano, le preguntó tambien de Sebastian que tantas lágrimas le habia costado tan larga ausencia, i serciorada de que ya no existia, lloró su eterna separacion i entre sollozos acabó su historia, diciendo a Francisco: que ella se consideraba mui

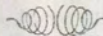
eliz por estar al lado de una señora recomendable; quien despues de la muerte de su abuelo la habia recojido de la soledad i miseria en que se encontraba, lomismo que a su hermanito José,

Se despidieron los tres hermanos todos contentos con su suerte; porque la mano de la caridad cristiana los hizo felices.

Nosotros tambien nos despedimos del amable Francisco, i de sus respetables benefactores; deseando encontrar en otro paseo alguna leyenda mas agradable para distraer a nuestras indulgentes lectoras.

M. C. S. U.

FIN.



Al Niño Jesus.

—
Volemos, volemos
A ver un portento:
Pues ya de contexto
Se puede cantar;
Allí lo tenemos,
Al sol de ventura
Que con su hermosura
Nos ha de encantar.

Es un tierno niño
De aspecto mui bello
Y tiene el cabello,
Del oro mejor.
Blanco cual armiño
Su rostro admirable,
Es incomparable
Ya tanto esplendor.

En un portalejo
El mas despreciado,
Allí está adorado
Mi Dios i Señor,
Él es un espejo
De suma pobreza;
Mas en su grandeza
Miro al Redentor.

Su madre Divina
La pura María
Llena de alegría
Y de un santo amor.
Beldad peregrina,
A su hijo le dice,
Le adora i bendice
Al Dios salvador.

La Paz, Diciembre del 72.

— — — — —
A LA MUERTE DE MI MADRE.

Un día el sol luminoso
Brillante al mundo alumbraba;
Mas para mí se eclipsaba,
Se apagaba su fulgor:
No recuerdo de aquel día:
Mi razón quedó embargada
Y toda yo enajenada
Por la fuerza del dolor.
La muerte cruel, temeraria
A mi madre me quitó
Con ella todo acabó,
Y quedé en triste horfandad.....
¡Oh! si verla yo pudiera,
Mi vida era, mi consuelo,

Ella, calmaba mi duelo,
Me miraba con bondad,
Volvédmela ; Dios Eterno!
¿Qué digo!... perdon, Dios mío!
Es un pensamiento impío —
¡Me falta resignacion!....
Basta, perdona mi queja,
Mi corazón oprimido
Por el pesar carcomido
Se vé en cruel tribulacion.
Yo venero tus arcaños, —
Yo demando tu clemencia
• Llena de fé con vehemencia,
Me humillo a tus piés, Señor! —
Encuentro a mi cara madre
En Maria, Virgen pura
Su faz tiene de ternura
Apacigua mi dolor.
Al pié de la cruz constante
Tipo del dolor, Maria
Nos enseña noche i dia
A sufrir con humildad.
En el Gólgota terrible
Con lágrimas de ternura,
Ella pidió con fé pura
Perdon por la humanidad.

La Paz, Mayo de 1874.

